



**SER CRISTO
EN SU PASIÓN
ENCARCELADA**

Departamento Nacional de
Pastoral Penitenciaria
de la CEE
Área Religiosa

**SEMANA DE PASTORAL
PENITENCIARIA
NUESTRA SRA DE LA MERCED
17 AL 24 Septiembre 2022**



*Ser Cristo
en su liberación
consumada*



Ser Cristo en su pasión encarcelada

“Ser Cristo en su Pasión encarcelada”

“Me alegro de sufrir por vosotros,
así completo en mi carne
los dolores de Cristo (Col 1,24)”

TEXTO DE REFERENCIA

SAN PABLO A LOS COLOSENSES 1,24-28

Ahora me alegro de sufrir por vosotros: así completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado ministro, asignándome la tarea de anunciaros a vosotros su mensaje completo: el misterio que Dios ha tenido escondido desde siglos y generaciones y que ahora ha revelado a sus santos. A éstos ha querido Dios dar a conocer la gloria y riqueza que este misterio encierra para los gentiles: es decir, que Cristo es para vosotros la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para que todos lleguen a la madurez en su vida en Cristo.



PREÁMBULO

Nos gustaría vislumbrar los nuevos tiempos como un nuevo amanecer en el quehacer evangelizador de la Iglesia, pero, más especialmente, el de la Pastoral Penitenciaria. Algo nuevo está naciendo, ¿no lo notáis? Pueden ser los brotes nuevos de la primavera del Espíritu que surge con fuerza en el corazón de los cristianos y que van rompiendo moldes viejos aprisionados por los miedos justificados, pero no necesariamente prolongados sin razón en el tiempo.

La **"noche oscura"** da paso a la claridad de un nuevo día, de nuevos tiempos de aventuras y compromisos radicales. Es necesario **"despertar"** y romper con las ataduras y cadenas que aprisionan miedos y cobardías.

No es de recibo seguir escudándonos en viejas argucias injustificadas en el momento presente para no dar el callo y reavivar en nuestro corazón el **"fuego escondido"** que hay en nuestro interior y que procede de una llamada, de una invitación y de un envío que nos hace individual y eclesialmente el mismo Jesucristo a través de su Espíritu.

Tenemos una parcela del Pueblo de Dios que ha estado, y sigue estando desgraciadamente abandonada y no atendida de nuestros mimos y cuidados. Hablamos de la **"Iglesia encarcelada"**. De tantas personas que llevan pacientemente dos años esperando nuestra presencia, nuestra esperanza, nuestra fe inquebrantable y nuestro amor comprometido.

"Es hora de despertar" y salir de la somnolencia causada por miedos e inseguridades, por cobardías y comodidades. No debemos permitirnos el lujo de seguir ignorando la suerte dolorosa de nuestros hermanos encarcelados, quienes nos piden a gritos migajas de compasión y benevolencia, de misericordia samaritana.

De esta crisis, de esta noche oscura ha de salir una persona, un cristiano más radical en sus convicciones, en su vocación, en su compromiso para con los hermanos privados de libertad.

Abrazados en la Maternidad corredentora de María, Ntra. Sra. de la Merced, vamos a ir adentrándonos en el submundo de la cárcel. Allí se encuentra Cristo personificado en cada hombre y mujer que sufre la pérdida de la libertad. Vamos a reiniciar un camino de encuentro con **"Cristo en su Pasión encarcelada"**. Con el Cristo clonado en miles de personas que sufren y padecen, que lloran su soledad y amargura, que viven de esperanza y de sueños de reconquistar la libertad.

Cristo en su pasión con nombres y apellidos, con rostros familiares, con corazones ensangrentados por tanto dolor e injusticia. Es la figura del Jesús histórico reavivada en cada uno de sus Pasos, de su pasión redentora y encarnada en personas reales y tangibles. Estas personas son el mismo Cristo.

Adentrarnos en la prisión, en esa **"fábrica de llanto"**, es penetrar en el corazón malherido de Jesucristo que ve reproducida su pasión en todos y cada uno de los privados de libertad. Es profundizar en la experiencia más dolorosa de cada preso o presa que vive su infierno particular, porque está experimentando con Jesús la oscuridad cruel y tormentosa de un túnel infinito de sufrimientos y amarguras. Y en ese infierno debemos estar también nosotros para **"completar en nuestra carne los dolores de Cristo encarcelado"** y así, ser capaces de llevarle nuestra luz de la esperanza y de la fe, de la presencia y la fortaleza para convertir su infierno en una experiencia de "gloria y de cielo", de "vida y resurrección".

Y con María, la Madre corredentora, sentir como ella la vivencia profunda y dolorosa que experimentó acompañando a su Hijo hasta la muerte en cruz y cómo la Madre sigue presente en la vida dolorosa de sus hijos encarcelados que sufren su propia pasión reproduciendo paso a paso el Vía crucis de su hijo Jesús.

"Una espada te traspasará el alma" le dijo el viejo Simeón en el templo. María, acompañando a su Hijo hasta el Calvario y haciéndose presente en la vida de cada persona encarcelada, sufre el dolor de esa espada que se multiplica por siete puñales que le atraviesan el alma hasta el fondo, porque ella es la Madre corredentora, la Madre que despliega su amor en dones y mercedes, en bálsamos y medicinas para consolar, acompañar y liberar a todos sus hijos crucificados.



*¡Oh Dios!, envíanos locos,
de los que se comprometen a fondo,
de los que se olvidan de sí mismos,
de los que aman con algo más que con palabras,
de los que entregan su vida de verdad
y hasta el fin.*

*Danos locos, chiflados, apasionados,
hombres capaces de dar el salto
hacia la inseguridad,
hacia la incertidumbre
sorprendente de la pobreza;
danos locos,*

*que acepten diluirse en la masa
sin pretensiones de erigirse un escabel,
que no utilicen su superioridad en su provecho.*

*Danos locos, locos del presente,
enamorado de una forma de vida sencilla,
liberadores eficientes de todo tipo de cárcel,
amantes de la paz, puros de conciencia,
resueltos a nunca traicionar,
capaces de aceptar cualquier tarea,
de acudir donde sea,
libres y obedientes,
espontáneos y tenaces,
dulces y fuertes.*

Danos locos, Señor; danos locos.

(L. J. Lebre)

1. NUEVO SEMBLANTE DEL MISIONERO EVANGELIZADOR TRAS LA "NOCHE OSCURA"

1) Un nuevo amanecer

Seguimos caminando con el Maestro prestos a seguir sus huellas itinerantes, dispuestos a continuar la misión de Jesús, de aldea en aldea, de cárcel en cárcel, todo, para anunciar el Reino de Dios y su justicia.

Atrás deben haber quedado las sombras tenebrosas de la noche oscura y temerosa, los miedos atrapados en un sinfín de inseguridades y cobardías, de fantasmas acoplados a un corazón débil y acomplejado. El miedo se nos metió en el cuerpo y también en el alma. Y, desgraciadamente, aún quedan residuos en muchos de nosotros. También hay de entre nosotros hermanos y hermanas de la Pastoral Penitenciaria que se han quedado en camino sin fuerzas ni ánimo para continuar.

"*Es hora de despertar*" nos dice Pablo (Rom 13,11), pues la noche y la oscuridad, propias de un tiempo reciente marcado por la Covid'19, y aun alargándose con sus tentáculos inalcanzables de secuelas misteriosas, parece que se está apagando y se nos exige que vayamos dejando ya a un lado todos los espectros fantásticos propios de la "**noche oscura**" para "**vestirnos con la armadura de la luz para vivir como en pleno día**", con libertad. (Rom 13, 12).

Es la luz que nos viene desde lo alto y que anida en lo profundo de nuestro corazón, que ilumina a quienes viven marcados por las tinieblas y las sombras del miedo, inseguridades y acomplejamientos y nos reviste con la fuerza de la paz que nos da el Espíritu (Cf Lc 1,79).

San Juan de la Cruz nos transmite su experiencia profunda de cómo pasando por la "noche oscura de su alma" llegó a sentir la plenitud en el encuentro con el Amado que le envolvió de luminosidad y sosiego.



Noche oscura

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedé y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.



- † *Tras una lectura pausada del poema de S. Juan de la Cruz, cabe realizar un momento de oración e interiorización procurando hacer un ejercicio de aplicación personalizada de aquellas expresiones con las que más me identifico y que mejor reflejan mi estado de ánimo o mi proceso personal durante el tiempo de la pandemia (momentos de oscuridad, de ausencia de motivaciones, de desencantos, ...)*
- † *¿Se sucede en mí la experiencia que de la "noche oscura" surge la luz guiadora que me lleva al encuentro con el Amado, encarnado y visibilizado en el Cristo encarcelado?*
- † *¿Siento que este tiempo de oscuridad da paso a una "noche dichosa" tras la que me veo alegremente guiado "a donde me esperaba, quien yo bien me sabía, en parte donde nadie parecía"?*

2) Nacer de nuevo

Hay signos evidentes de poder recuperar parte de nuestra historia en la acción evangelizadora con los privados de libertad. Es necesario y urgente tener aprendida la lección que nos ha ofertado este tiempo que ha sido, a la vez "desgracia" y "gracia".

Pero esa recuperación y esa vuelta a la "normalidad" no nos viene dado por las circunstancias externas determinadas por las autoridades políticas, sanitarias y de la administración penitenciaria. Más bien han de proceder y tienen su origen en una disposición y actitud profundamente espiritual y evangélica de cada uno de los miembros de la Pastoral Penitenciaria.

Necesitamos recuperar **"el fuego escondido y encendido"** que hay en cada uno de nosotros. Esta es la llama, la luz que nos ofrece el Resucitado. Es la exigencia a la que Jesús nos invita, como a Nicodemo, de tener que **"nacer de nuevo"** para meternos de lleno en el ámbito del Reino de Dios (Jn 3,3). Nacer regenerados por el Espíritu para ponernos en camino y salir al encuentro de nuestros hermanos privados de libertad.

Oración: Fuego encendido

Señor, me pongo en tu presencia
tratando de descubrir los destellos de tu rostro,
la luminosidad de tu corazón,
el fuego de tu amor.
Quiero sentir en mi corazón la fuerza resplandeciente
del fuego escondido que depositaste en mi interior
en el momento en el que me consagraste
como hijo bañado en la ternura de un Dios Trinidad,
cuando me ungiste con el perfume del Espíritu
y me enviaste como testigo y profeta de libertades.
El fuego encendido alimenta mi débil condición;
sostenido por las alas del Espíritu
siento la fuerza sobrehumana que me lanza
a ser misionero evangelizador
en un mundo preñado de corazones rotos y quebrantados,
apresados por cadenas invisibles de injusticia y olvido,
hambrientos de esperanza y sedientos de perdón.
Son mis hermanos que sufren la cautividad,
son el rostro de Cristo



ensangrentado por los salivazos del desprecio,
las bofetadas de estructuras legales injustas,
por espinas que punzan el alma dolorida
a causa del desamor y el fracaso,
la desesperanza y la ausencia de libertad.
Infunde en mí Señor la fortaleza que inundó
el corazón dulce y tierno de la Virgen María
que supo aceptar la gloriosa maternidad,
superando personales inconveniencias,
complaciendo así tu voluntad de redención y liberación
de toda la humanidad. Amén

3) Según el modelo que es Cristo

Cristo siempre impregnó su misión evangelizadora desde el dinamismo de estar en camino recorriendo pueblos y aldeas de Judea y Galilea. Ese es también nuestro destino y nuestro impulso evangelizador.

El Papa Francisco nos dice que es necesario activar “**lugares** donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado” que ayude a **compartir experiencias, discernir la misión y la vocación, reciclar y tomar nuevos impulsos a la luz del Espíritu**. (EG 77)

Siguiendo a Jesús en fidelidad nos lleva a recuperar aquel ardor primero de nuestra vocación misionera dentro de la cárcel. Reactivar nuestra fe en Jesús y el seguimiento como discípulos comprometidos nos ayuda a respirar un aire nuevo propiciado por el fuego del Espíritu para seguir adelante en nuestra misión de testigos y profetas de libertad.

Testigos y profetas para tiempos nuevos y experiencias renovadas. Ponernos en camino recuperando el talante de un verdadero apóstol evangelizador. Hay perfiles o rasgos del “**misionero evangelizador**” que no deben estar jamás ausentes de nuestra vida y que hemos de revisar constantemente a la luz del Espíritu de Jesús. Cristo Jesús es el genuino evangelizador, por tanto, nuestro modelo y guía para convertirnos en sus verdaderos discípulos y ser “otros Cristos” para los hermanos encarcelados.

Esos rasgos podemos centrarlos en:

- ✓ Ser personas de oración, personal y comunitaria. Oración que lleva hasta el corazón del Padre el dolor y el sufrimiento de los hermanos encarcelados. Oración que inyecta en los encarcelados el amor tierno y amoroso del Padre Dios.
- ✓ Profunda espiritualidad y vivencia del amor misericordioso y compasivo del Padre, hasta elevarnos a la categoría propuesta por Jesús de “ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). Es la mística del enamorado del Padre y del hermano, según el modelo que es Cristo.
- ✓ Siente y expresa una desbordante “compasión”, como el Padre en Cristo, por los hermanos que sufren víctimas de hierros y miserias, encadenados a injusticias y pecados.
- ✓ Es extremadamente sensible para percibir las llagas de tantas personas heridas por la pobreza, la injusticia, el abandono y el descarte.
- ✓ Como Jesús vive la pasión, la cruz, el sufrimiento de la persona caída y la comparte, la hace suya; se encarna en sus sufrimientos y miserias, carga sobre sus hombros todo el peso de su dolor, haciéndose “cirineo” y “samaritano” del caído.
- ✓ Es, por tanto, persona de “misericordia entrañable”, al estilo de Jesús, que vive las Bienaventuranzas y se encarna en ese Cristo humanizado que sufre el hambre, la pobreza, el desprecio, la cárcel, la enfermedad o la exclusión de los foráneos empobrecidos.
- ✓ Está en permanente proceso de conversión.
- ✓ Anuncia la Liberación de Cristo y su Buena Noticia de salvación
- ✓ Se convierte siempre en “Buena Noticia” para los pobres, pues la anuncia con su propia vida.
- ✓ Se deja evangelizar por los pobres y los que sufren, los marginados, los oprimidos y los presos.
- ✓ Vive la fe a prueba de abnegación, de renuncia y de martirio.
- ✓ Es capaz de ser profeta gritando la hipocresía de una sociedad y una Iglesia excluyentes que arrinconan y se olvidan de los delincuentes, marginados y descartados.
- ✓ Anuncia la Buena Noticia a los presos y es buena noticia esperanzadora para ellos



Ser Cristo en su pasión encarcelada

- ✓ Con toda humildad, está dispuesto a compartir su experiencia de fe con los privados de libertad.
- ✓ Se siente Iglesia, en comunión con su Obispo, enviado por él a formar una comunidad creyente en el interior de la prisión con los presos y presas
- ✓ Hace una opción preferencial por los pobres y excluidos y ve en ellos el verdadero rostro de Cristo
- ✓ Es parte y se siente vinculado estrechamente a la Capellanía de la prisión desde la Delegación diocesana de Pastoral Penitenciaria y asume sus directrices pastorales
- ✓ Vive la compasión con el hermano preso; compartiendo su pasión, su dolor y sufrimiento
- ✓ Vive el amor al preso a prueba de sacrificio, de abnegación, de dar la vida si llegara el caso.
- ✓ Tiene firmes convicciones en los valores del evangelio, en la moral evangélica, en los principios de nuestra fe y en la ética humana
- ✓ Es persona llena de esperanza, que irradia ilusión y mucha alegría, que abre caminos de recuperación y reinserción
- ✓ Cree en la persona presa y trabaja por su conversión y transformación humana y cristiana
- ✓ Apuesta por los pobres como Jesús
- ✓ Es sal y luz en medio de tanta tiniebla y desesperanza
- ✓ Cree y acepta a la persona presa con el estilo y talante evangélico de Jesús, y lucha por la transformación y conversión del preso
- ✓ Es un samaritano que se acerca, acoge, sana y pone su vida al servicio de la víctima, del caído, del marginado
- ✓ Es un testigo del amor y la misericordia de Cristo
- ✓ Es un profeta de esperanza y libertad
- ✓ Se ofrece y se da desde la gratuidad
- ✓ Es paciente y perdona las debilidades y recaídas
- ✓ Vive la Palabra de Dios y la transmite
- ✓ Está en continua formación bíblica, teológica, moral, penitenciaria, ...



2. PASIÓN CON CRISTO ENCARCELADO

Toda persona vinculada a la Pastoral Penitenciaria, sacerdote, religioso/a o laico, se siente profundamente en comunión con el dolor y sufrimiento de cuantos están heridos y encarnan en sus vidas la misma pasión de Cristo, desde su proceso de la detención hasta la muerte en la cruz solo y abandonado por casi todos.

Vamos a ir acompañando a Jesús en su proceso identificativo con el hermano preso. En cada uno de ellos Cristo sigue sufriendo, se reproduce su misma Pasión, Cristo está encarcelado.

2.1. PASOS DE LA PASIÓN DE CRISTO ENCARCELADO

ORACION INICIAL

Oh Dios, Padre todopoderoso,
que en tu Hijo Jesucristo
asumiste las llagas y los sufrimientos de la humanidad,
hoy tengo la valentía de suplicarte, como el ladrón arrepentido:
"¡Acuérdate de mí!".
Estoy aquí, solo ante Ti, en la oscuridad de esta cárcel,
pobre, desnudo, hambriento y despreciado,
y te pido que derrames sobre mis heridas
el aceite del perdón y del consuelo
y el vino de una fraternidad que reconforta el corazón.
Sáname con tu gracia y enséñame a esperar en la desesperación.
Señor mío y Dios mío, yo creo, ayúdame en mi incredulidad.
Padre misericordioso, sigue confiando en mí,
dándome siempre una nueva oportunidad,
abrazándome en tu amor infinito.
Con tu ayuda y el don del Espíritu Santo,
yo también seré capaz de reconocerte
y de servirte en mis hermanos.
Amén. (Cf. Via Crucis de la cárcel. Presidido por el Papa Francisco. Roma 10/4/20)



1º Paso. Jesús es detenido (Jn 18, 1-14)

La detención de Jesús en el Huerto de los Olivos nos muestra que los sistemas policiales y las otras circunstancias de las detenciones, poco han variado desde entonces. Muchos de nosotros podemos ver reflejada, en la detención de Jesús, nuestra propia detención. Pueden darse las mismas o parecidas circunstancias.



- ✓ Jesús está en busca y captura. (Se la tenían jurada los sumos sacerdotes, escribas y fariseos)
- ✓ Existe un traidor, un Judas, un chivato.
- ✓ Conocen el lugar donde localizarlo. (Judas les había dado esta señal)
- ✓ Identificación del inculcado (¿Eres tú Jesús? Sí, lo soy)
- ✓ No implicar a otros en el asunto. (Dejad que estos se marchen)
- ✓ Intento de defender al detenido por parte de los amigos. (Pedro sacó la espada)

Jesús es el símbolo de tantos hombres y mujeres que, a lo largo de la historia, han sido detenidos injustamente y a traición, o detenidos violentamente sin respetar su dignidad y sus derechos.

Algunos de nosotros quizá hayamos sufrido una situación parecida. Impotencia y humillación. Rabia e indignación contenidas. Pero, ¿yo que he hecho? ¿Por qué me detienen? Hay veces que niego mi identidad.

Cristo aguanta impasible. Se identifica: "Yo soy". Acusa a los que le detienen: "¿venís a prenderme como si fuera un malhechor?"; "¿Qué acusación tenéis contra mí?". Pide que dejen marchar a sus discípulos. No implica a los demás.

En ocasiones, nuestra actuación es totalmente la contraria: somos nosotros quienes acusamos, delatamos e implicamos a otros, buscando un beneficio personal ante la policía o el juez; no asumimos la responsabilidad de nuestros actos.

Las detenciones, por parte de la policía, son de lo más variopintas, según cuentas los compañeros de patio. Van desde las más normales a las más sangrantes, donde no hay límites para el ensañamiento y la crueldad, donde los derechos humanos son pisoteados, junto con tu dignidad.

2º Paso. Jesús es interrogado y torturado (Jn 18, 19-24, 29-36; 19, 1-3)

¡Qué mecanismos tan retorcidos utiliza el hombre, a través de las Instituciones, para humillar y hacer sufrir!

Jesús fue utilizado como una marioneta entre el poder religioso y el poder civil. Acusaciones de delitos inexistentes, pruebas falsas, falsos testigos. Jesús no tuvo un juicio justo, no tuvo ninguna garantía en su proceso. Todo fue una farsa, una pura comedia, tramado por los jefes religiosos de Israel. La sentencia ya la tenían dictada. Pilato está lleno de buena voluntad y parece descubrir la inocencia de Jesús, pero es cobarde y ambicioso, y cede ante las presiones de los Sumos Sacerdotes, del Sanedrín y demás jefes religiosos, que terminaron por manipular el juicio hasta conseguir su propósito: dar muerte a Jesús, el Nazareno, por blasfemo. Le preocupa más el poder y el prestigio que no la justicia.

La tortura psicológica del interrogatorio acabó con una de las torturas físicas más crueles y mortales: los cuarenta latigazos. ¡Cuántos métodos policiales inhumanos se emplean para sacar la verdad o hacer confesar al detenido! ¡Cuánta manipulación sigue existiendo en la Administración de la Justicia, donde los pobres seguimos soportando toda la dureza y el peso de la ley! ¡Cuánta tortura psicológica y malos tratos, desprecios, insultos, humillaciones y vejaciones tenemos que sufrir al paso de los distintos estamentos del sistema policial y judicial!





En los interrogatorios a los que somos sometidos desde la detención, no sabes si van dirigidos a obtener la verdad de los hechos delictivos o a infligir una tortura psicológica, aunque a veces, también física, para agotar tu capacidad de aguante encerrado en tu mentira y en la negación de todas las acusaciones. Muchas veces tienes que optar por el silencio como único recurso de autoprotección.

3º Paso. Jesús es condenado a muerte (Lc 23, 13-25)

Al igual que Jesús es condenado, a nosotros también nos condenan a penas de cárcel, a veces legales, pero no siempre justas. También muchos de nosotros condenamos. Nos condenamos unos a otros, juzgamos a nuestros compañeros y les sometemos a castigos superiores a la propia condena del juez. ¡Cuánta manipulación, desprecio y odio, cuánta violencia ejercemos contra compañeros de cárcel, cuánta venganza empleamos, cuánta destrucción y muerte dentro de los recintos penitenciarios!

Nuestra sociedad sigue condenando a muerte a Jesús cada vez que impedimos que un niño no pueda ver la luz de la vida, o que una persona mayor vea interrumpido su ciclo vital por la aplicación de la eutanasia, cada vez que se siguen justificando el uso de las armas y la maquinaria de la guerra según la ideología política, cada vez que una mujer o un niño son maltratados inhumanamente, o siempre que se aplique la Justicia para condenar, absolver o indultar dependiendo quién sea el infractor o delincuente, si pobre, rico o político.

Y en esta sociedad también estamos nosotros, que, a la vez, somos víctimas y somos verdugos. Pues, en muchas ocasiones, hacemos víctimas a otras personas inocentes, haciéndoles sufrir innecesariamente. Y todo lo que hagamos con nuestros hermanos, se lo hacemos a Jesús.

Es verdaderamente espantoso y cruel cuando estás escuchando en la sala del Tribunal los gritos silenciosos e inmisericordes de ¡"crucifícale, crucifícale"! El corazón en un puño, todo tu cuerpo tiembla de miedo y espanto. Ya previamente al juicio, durante el mismo y tras la sentencia, sigues escuchando ese mismo grito de condena a través de las redes sociales, los medios de comunicación y en la sociedad: "eres reo de muerte". Y no digamos si el delito ha sido horrendo, pues la sentencia puede llegar a la cadena perpetua disfrazada de "prisión permanente revisable".



4º Paso: Jesús carga con la cruz (Mt 27, 27-31)

A Jesús le ha llegado el momento de emprender la marcha. La cruz le espera. Los verdugos han preparado ya todo en el Gólgota, o sea, en el talego.

Durante unos años ha recorrido Judea y Galilea, siempre a pie, esparciendo, como buen sembrador, la semilla de tu Palabra del Reino. Semilla de amor, paz y libertad.

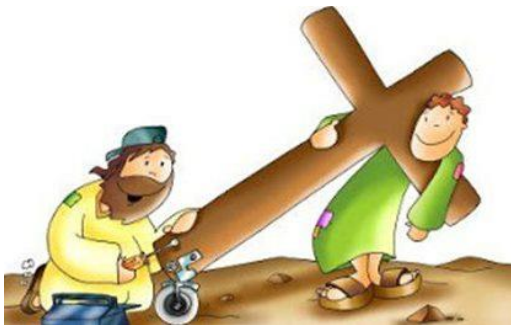
Ahora le queda por realizar el último tramo, el más difícil y angustioso. Levanta Jesús los ojos al cielo para decirle al Padre una vez más: "HÁGASE TU VOLUNTAD". Jesús carga con su cruz sin ofrecer resistencia. Es la cruz de nuestras rebeldías y miserias, de nuestra muerte y de nuestro egoísmo. La cruz de nuestra falta de abnegación, de nuestra injusticias y corrupciones, de nuestros caprichos y superficialidades, consumismo, comodidad, drogas, diversión.

Jesús carga en su alma la cruz de todos los encarcelados, de todos los que han sido condenados injustamente a penas de prisión. La cruz, que es desprecio, maledicencia y estigma, de cuantos han sido previamente condenados por la sociedad a través de los medios de comunicación.

¡La cruz es tan pesada! Hay compañeros que no la soportan. No es nada fácil cargar con tu propia cruz y menos, cuando tienes que cargar con la cruz que otros te han echado a la espalda sin justicia ni razón. No es fácil reconocer tus errores y fallos, reconocer y confesar tu delito y el mal que has hecho a otras personas, empezando por tu propia familia.



5º Paso: el cirineo ayuda Jesús a llevar la cruz (Hb 10, 33-35; Lc 23,26)



“Y obligaron a uno que pasaba, a Simón de Cirene, que volvía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, a que llevara su cruz. Le conducen al lugar del Gólgota, que traducido significa ‘Calvario’.

Jesús soporta con dificultad el peso de la cruz, ya ha caído más de una vez de bruces contra el suelo. Sus fuerzas se agotan, poca sangre le queda ya en sus venas.

La prisión es dura y difícil, sobre todo para el novato o primerizo. Pesan sobremanera la soledad, el abandono, el fracaso, el miedo, la ruptura familiar, la injusticia que han cometido contigo, el quedarte sin nada y sin nadie. Pesa el futuro incierto plagado de inseguridades y

vergüenza.

Cada uno de nosotros, como Jesús, caemos bajo el peso de nuestro sufrimiento, nos resulta difícil cargar con nuestra cruz.

Para mí Jesús es mi Cirineo. Me dice: “venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré” (cf. Mt 11,25). Cristo sufre conmigo el cautiverio, la esclavitud a la que me veo sometido. Cristo es mi libertador que me ayuda a superar las causas del mal que me aprisionan y me hace sufrir.

También Cristo me invita a que yo sea Cirineo para mis compañeros; que no solo me fije en lo grande que es mi cruz; el dolor compartido se sobrelleva mejor. Tengo que salir de mi egoísmo para fijarme en el sufrimiento de los demás y aliviarle en su dolor.

Y no debo olvidar que en el espacio y tiempo de la prisión siempre hay un Cirineo para mí, una persona que me ayudará a sostener, soportar y aguantar la cruz horrenda que supone la privación de libertad. Será un compañero de patio, alguien de mi propia familia, un funcionario, un miembro de la Pastoral Penitenciaria o de alguna ONG que me acompañan y sostienen el peso de mi cruz.

6º Paso: Jesús es despojado de sus vestiduras. (Jn 19, 23-24)

A Jesús le despojan de lo único que le quedaba: sus vestidos y su dignidad. Se le expone a la vergüenza pública. Es una experiencia de humillación y de desprecio por la dignidad humana. Y, para colmo, se reparten el botín, la túnica de una sola pieza hecha por las manos de su madre María. Ya no le queda nada a Jesús. Sólo y desnudado ante todos.

Desde Jesús, seguimos siendo despojados de nuestros derechos más sagrados e inviolables: la intimidad, la conciencia, la dignidad, la salud, la vida, la paz, la felicidad, la libertad. Se sigue humillando y despreciando al ser humano, especialmente al más débil. Ya, incluso antes de entrar en prisión, la manipulación llevada a cabo por ciertos Medios de Comunicación, se encargan de dejarte totalmente al desnudo ante la sociedad, iniciando una campaña de descrédito, irrumpiendo en tu intimidad, lanzando sospechas y acusaciones falsas, preparando un juicio paralelo y una condena previa a la que sucederá oficialmente por la Justicia.

Nosotros, también, en ocasiones, sentimos y sufrimos los tratos humillantes e inhumanos a los que somos sometidos por el sistema policial, judicial o penitenciario. Somos despojados de nuestra intimidad y dignidad, expuestos a la observación pública. ¡Qué poco significamos para la sociedad!



7º Paso: Jesús es clavado en la cruz (Mt 27, 33-37)

Jesús, ¿por qué consentiste que te crucificaran? ¡Qué escarnio hicieron contigo! Te escupieron, te hicieron burlas, te maltrataron y no formulaste ninguna queja. Pero todo lo aguantaste por todos nosotros, los pecadores. Pero aún quedaba, en tu pasión, la más cruel e infamante de las torturas que un ser humano podía soportar: te clavaron en un madero, te torturaron y te desgarraron. Y tú los perdonaste a todos.

Todavía hoy, nos siguen crucificando. A unos justamente, a otros injustamente. Pero la justicia de los hombres no tiene nada que ver con la justicia del Reino que se centra en la misericordia y el perdón, la indulgencia y el indulto, a la severidad de la ley, a la ejecución de la sentencia.



Ser Cristo en su pasión encarcelada

Hay muchos crucificados inocentes en las cárceles que suelen ser los más pobres e indefensos, los descartados y más vulnerables, a quienes nadie defiende y nadie se acuerda de ellos.



Los clavos de Cristo abren unas llagas inmensas que alcanzan a los privados de libertad. Cada cárcel es una llaga abierta en el corazón de esta sociedad que se ve incapaz de curar y cerrar porque su alma está preñada de maldad, de injusticia y crueldad; porque en, vez de abrazar y proteger a sus hijos más débiles con la compasión y la misericordia, con el perdón y la aplicación más justa y humana de la ley, los aborta arrojándolos a sus espacios de terror y deshumanización que son sus cárceles para encerrarlos y marcarlos con el estigma de delincuente y antisocial.

Ya lo escribía Miguel Hernández cuando decía: *"Allí, bajo la cárcel, la fábrica del llanto, el telar de la lágrima que no ha de ser estéril, el casco de los odios y de las esperanzas, fabrican, tejen, hunden"*.

Aún hoy que presumimos de la modernidad del sistema penitenciario más tolerante de Europa y de disponer de unas instalaciones posmodernas facilitadoras para un digno cumplimiento de las penas, vemos que no ha se ha avanzado lo suficiente en la consecución del objetivo primordial del fin de los Centros Penitenciarios según la Constitución: *"Las instituciones penitenciarias reguladas en la presente Ley tienen como fin primordial la reeducación y la reinserción social de los sentenciados a penas y medidas penales privativas de libertad, así como la retención y custodia de detenidos, presos y penados"* (a.25,2).

La política penitenciaria hoy está centrada primordialmente en reforzar y potenciar los sistemas de control y vigilancia de los presos y presas con la aplicación estricta y severa de un control riguroso sobre las personas por encima de favorecer con ahínco los programas de reeducación y reinserción de las mismas. No está cumpliendo con su finalidad primordial de reintegrar a la sociedad a las personas que han delinquido, y prepararlas para vivir en libertad con dignidad, con una conciencia formada desde la ética y la moral, desde la profesionalidad laboral y desde la adquisición de unos valores que le permitan integrarse sin choques ni rupturas en la familia y en la sociedad.

Se ha producido, efectivamente, un lavado de cara exterior en cuanto a la construcción de cárceles tipo, arquitectónicamente mejor acondicionadas para el control, seguridad y vigilancia de los presos, quizá como tranquilizante para una sociedad ávida de venganza y castigo, pero que martiriza, degrada y deshumaniza a la persona que será su huésped por orden judicial.

8º Paso: Jesús es abandonado por todos (Mt 26,56; Mc 14, 27-31)

Ya se lo había predicho Jesús a sus discípulos en la Última Cena tras indicarle a Judas "lo que tengas que hacer hazlo pronto" (cf Jn 13,27), luego a Pedro tras su reto de "aunque todos te abandonen yo no te abandonaré" (cf Mt 23,36), y "daré mi vida por ti" (cf Jn 13,37), al recriminarles a todos que le negarían y le abandonarían en los acontecimientos venideros más difíciles de su vida.

En el Huerto de los olivos, Jesús sufre la dramática experiencia de sentirse totalmente solo, hasta de presencia del Padre. Solo ante su conciencia y ante el Padre en el momento de tener que tomar la decisión más importante de su misión como Mesías Redentor. Los demás se quedaron dormidos y luego todos huyeron despavoridos ante la detención violenta del Maestro.

Desde ese momento Jesús tiene que afrontar en la más absoluta soledad todo el proceso diabólico tramado contra Él como Profeta y Mesías hasta consumir su ofrenda radical: "Padre en tus manos encomiendo mi espíritu" (cf Lc 23,46). Soledad solo acariciada por la fidelidad, la fortaleza y fe profunda de aquellas mujeres que sí llevaron a término las palabras brabuconas de Pedro "aunque todos te abandonen, yo no, ... aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré", ellas fueron su madre María, María Magdalena, María de Cleofás y Salomé, y junto a ellas estaba Juan, el único discípulo fiel.

Una de las experiencias más profundamente dolorosas para un detenido y luego encarcelado es la de sentirse solo y abandonado.



Tras la detención, la entrada en Comisaría, durante tres días, se experimenta con mucha crudeza la dureza del abandono, sobre todo si eres primario. Padres, esposo/a, hijos, amigos, ... Una vez en prisión, sientes que entras en un mundo surrealista, totalmente desconocido y percibes que es como un terrible dragón con siete cabezas a punto de devorarte para hacerte desaparecer. Todo se te viene abajo, el cielo, con todo su peso infinito, te aplasta. Todo es nuevo, desconocido, fiero. Una escalofriante sensación de soledad te



sobrecoge. Las interminables noches de insomnio están tejidas por la soledad, abandono y vacío. Sientes en tu carne y en el corazón las punzadas del desprecio y la humillación más honda. Incluso se recrudece con violencia interior la traición, el engaño, la falsedad. Las lágrimas son mi pan día noche, son el reflejo de la angustia, la frustración y el fracaso. Y con Cristo en la cruz estallas en el grito silencioso y desgarrador: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado"? (cf Mt 27,46)

Es la experiencia más identificativa con lo sentido y vivido por Jesús desde el huerto de los olivos hasta la muerte en la cruz. Y Cristo sigue encarnado en cada persona que reproduce en su cuerpo y en su espíritu el total abandono y soledad de quienes creías que eran de los tuyos.

9º Paso: Crucificado con delincuentes (Lc 23,32, 39-42)

La cruz es el dolor compartido por millones de personas en el mundo que sufren las lacerantes lanzadas que la sociedad y, hasta la propia familia y amigos, te escupen llenas de desprecio, rechazo, odio y venganza.

Arriba, en la cima de cada calvario personal de todo privado de libertad está expuesto al insulto, la humillación, los gritos desafiantes "si eres el Hijo de Dios sálvate y baja de la cruz" (Mt 27,40), sigues compartiendo la tortura con otros muchos crucificados viendo cómo se te agotan los días y las esperanzas de un mañana más digno y liberador. Los sentimientos de fracaso y desesperación están a flor de piel en cada compañero de patio que sufre la misma condena de privación de libertad, de anulación de motivaciones para la recuperación integral, la esperanza de un futuro digno en libertad con la familia e integrado en la sociedad.



Luchas por no dejarte envolver por esa atonía deshumanizante y frustrante que impregna el corazón de cada compañero y que se respira en el ambiente carcelario. Te esfuerzas por respirar un aire fresco con perfume de esperanza, superación, alegría, lucha y esfuerzo. Descubres que, junto a ti, hay personas que tienen la mirada limpia y el corazón lleno de coraje, compañeros de martirio que no se rinden y que aprenden de la cárcel a recuperar la dignidad perdida, las motivaciones para ser libre en medio de la esclavitud. Hombres y mujeres que creen en la fuerza transformadora que aporta la fe en Cristo y la confianza en el Dios de la Libertad.

Y te acercas a ellos rompiendo miedos y desconfianzas; inicias un camino compartido por ilusiones y esperanzas de futuro. También te dejas guiar por otros cristianos que vienen del exterior a caminar contigo, a compartir y a sentir juntos la alegría de la fe en Jesús de Nazaret.

Y sientes el gozo inmenso que ver cómo se van abriendo caminos de cambio y conversión; caminos de regeneración espiritual y humana; recuperando el tiempo perdido y valorando los tesoros escondidos, ocultos por mi ceguera como lo son la familia, la amistad, el trabajo.

Del mismo modo que yo también me convierto en un soporte de esperanza para otros compañeros aún sumidos en la desesperación y la angustia, y en la oscuridad de un futuro desolador.

Caminar fortalecido desde la fe y con la confianza y garantía de saber que Cristo camina conmigo en la conquista por mi futuro en libertad, me atrevo a rogarle con valentía: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino" de la libertad verdadera (cf Lc 23,42).

10º Paso: Jesús muere en la Cruz (Mt 27, 50. 57-61)

La cárcel es, y puede llegar a ser, la tumba inexorable para muchísimos privados de libertad. En la cárcel, "fábrica del llanto", se va muriendo lentamente sin apenas percatarse de ello. Observo a muchos compañeros que, con el paso del tiempo, el deterioro físico, la dejadez, la apatía y el descuido personal se van apoderando de ellos. A ello le acompañan manifestaciones en la conducta personal marcadas por la negatividad, la ira, la rabia por todo, el enfado permanente, el poner mala cara a los compañeros de patio, mostrando signos y expresiones de desesperación y angustia. Todo le cae mal, todo le cabrea; busca constantemente la confrontación con algún compañero o funcionario. Mira con desprecio y desdén a los demás. Retoma de nuevo el consumo indiscriminado de cualquier tipo de sustancias que exista en el mercadillo clandestino del patio.

Es el momento evidente que el efecto "prisionización" está calando hondamente en su mente y estilo de vida. Es el proceso deshumanizador que la estructura carcelaria y sus métodos inyecta en la personalidad y la psicología de todos nosotros sus inquilinos. La estructura de nuestra personalidad va asumiendo y se va identificando, poco a poco, con los hábitos, costumbres, criterios, pensamientos, gestos, palabras, pobreza cultural y de valores, acedia, en definitiva, que el sistema taleguero imprime en cada uno de nosotros. Es la muerte definitiva a un proyecto de



persona que nunca llegará a ser. Es la muerte crucificada sin esperanza de otra vida más allá que la de respirar, vegetar y sufrir, sufrir indefinidamente. La cárcel se convierte en un **"cementerio de hombres vivos"**, que serán arrojados paulatinamente a la sociedad y los devolverá peor que cuando fueron acogidos por la Institución Penitenciaria. La persona así marcada, saldrá con la libertad penal, tarde o temprano, pero siempre, siempre, llevará como mochila adosada a su ser la cárcel como estigma.

Sobre la vida de muchos compañeros se suceden, no solo los efectos atmosféricos, sino, sobre todo, los efectos psicológicos que preanunciaron la muerte de Cristo: *"Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, la oscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora nona, el velo del templo se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: 'Padre, en tus manos pongo mi espíritu'. Y dicho esto, expiró"* (Lc 23, 45-46).

Pero también esta horrenda e injusta cruz nos aporta los efectos redentores y purificadores de un pasado marcado por autodestrucción y muerte.

Dentro de la prisión y en medio de tanta destrucción y muerte, se dan signos de vida y esperanza, de motivaciones para aprender y luchar, descubriendo la grandeza que hay en nuestro interior, los tesoros encerrados en lo profundo de nuestro ser, tesoros aún no descubiertos o que fueron enterrados en su tiempo por situaciones personales, familiares o sociales que nos llevaron por caminos de perdición, renunciando a una vida de dignidad, de felicidad y honradez.

También a tu lado te encuentras con compañeros de pasión y calvario que han descubierto la grandeza de la vida vivida desde los valores humanos, luchando por un estilo de vida donde el sentido de la honradez, la justicia, el perdón y el amor a la familia son su meta y su esperanza. Y sientes la alegría de unirte a ellos para sostenerte en la lucha y el esfuerzo diario para mantenerte fiel y firme en la conquista de la verdadera libertad, que la libertad del corazón.



2.2. LA CARCEL COMO EXPERIENCIA INFERNAL

La cárcel y su estructura ideológica reproduce la sinrazón de un modo de entender al ser humano como sujeto de manipulación, control y destrucción, asumido por una filosofía del poder dominador de las voluntades y el pensamiento de una parte de la humanidad.

La prisión no deja de ser el **"infierno"** donde son arrojados cuantos no se ajustan a los sistemas de poder y control que ejercen los distintos Gobiernos, por muy democráticos que aparezcan.

Jesús **"descendió a los infiernos"**, según confesamos en el credo. ¿Dónde está ese "lugar", ese infierno? Cristo bajó y tocó hasta lo más hondo la experiencia del verdadero **infierno humano**. Cristo gustó el amargo sabor de la soledad, el desprecio de sus familiares, la pobreza, el hambre, la marginación, el insulto, la amenaza de muerte permanente, el desprecio y persecución de los autosuficientes políticos y religiosos, el descrédito, la humillación, la traición y la negación, la detención humillante, el encarcelamiento y la tortura, el juicio amañado, injusto e inmoral, la condena a muerte despiadada y sin razones, el abandono de gran parte de los suyos, la muerte en soledad y gritando esa soledad y abandono ante el Padre. (cf. Mt 27,46). Jesús tocó fondo en esa lucha interior que mantuvo consigo mismo y con el Padre en el huerto de los olivos; una lucha que le llevó a las lágrimas y a que su organismo reventara a través de ese sudor como gotas de sangre que bañaba todo su cuerpo (cf. Lc 22,44). Esa tensión que vivió Jesús fue la lucha entre la fuerza del infierno, de tener que aceptar la cruz, la destrucción de su vida y su cuerpo en aras de la redención de la humanidad desde su muerte y resurrección.

Éste es el infierno que, con Jesús, están sufriendo y padeciendo tantos seres humanos en el mundo, especialmente, tantos hermanos nuestros que están privados de libertad, que sufren la cautividad y la esclavitud en cualquiera de sus formas más sangrantes.

Existe en la teología una amplia y variada reflexión sobre el "infierno". Las expresiones para definirlo son también muy variadas: carencia, ausencia, condena, sufrimiento, padecimiento, destrucción, pena, castigo, perdición, esclavitud, aniquilación, deshumanización, sentencia condenatoria, tormentos, culpa, pecado, sufrimientos corporales y espirituales, ...



Ser Cristo en su pasión encarcelada

El término infierno se viene aplicando a lugares, situaciones y estados personales donde se concitan una variedad de realidades marcadas por el sufrimiento y el dolor deshumanizador y sin límites.

La cárcel bien podemos definirla como lugar y experiencia de sufrimiento, por lo tanto, de infierno. La cárcel es un estado infernal donde se viven experiencias propias del infierno. Una situación humana donde se pasa mal y se sufre, donde se dan unas experiencias amargas de soledad, abandono, pérdida de libertad, de dignidad, de esperanza.

Jesús, con su muerte y resurrección nos sacó y rescató de ese infierno. Pues él, que era Dios, se hizo esclavo (cf. Fil, 2,7-8) para vivir, sentir y sufrir la experiencia de los esclavos, de los "sin derechos", de los que no son "nadie", de los pisoteados, los descartados, manipulados y humillados de la historia.

La Pasión de Cristo se sigue perpetuando en el momento actual con mil maneras y expresiones diferentes. Los mecanismos de tortura física y psicológica son muy variados. Y la cárcel, aunque sea nuestro modelo arquitectónico tan sofisticado que se parece más un "hotel de cinco rejas", sigue siendo un elemento de tortura psicológica, no siempre carente de tortura física en algún momento. Toda privación de libertad no deja de ser una especie de crucifixión, aferrando, amarrando entre hierros y puertas de seguridad a todos los que la ley considera culpables de algún delito.

Los miembros de la Pastoral Penitenciaria nos convertimos en otros Cristos que le acompañamos en su **Pasión encarcelada**. Somos privilegiados porque vivimos el "evangelio del sufrimiento" que redime y libera tanto a la persona que lo padece en su carne y en su alma, como a la que le proporciona el consuelo, la presencia, el acompañamiento y asume su propio dolor, su propia pasión.

Sufrir y asumir la pasión de la persona encarcelada es medio eficaz de la propia redención, es alcanzar, ya aquí en la tierra, la promesa de Jesús de hacernos "bienaventurados" del Reino porque fuimos capaces de identificarnos con Él en cada "hermano pequeño suyo" que ha sufrido el infierno del dolor y de la cruz.

2,3. LA CARCEL TIERRA SAGRADA, LUGAR DE GLORIA

Dios nos revela que, al igual que el desierto por donde pastoreaba Moisés, declarando esa tierra como lugar sagrado: "descálzate que el lugar que pisas es tierra sagrada" (cf Ex 3,5), la cárcel es para Él un lugar sagrado. Espacio humano donde se sienten esclavizados sus hijos. Realidad humana cautiva donde Jesús se encarna en el hombre y la mujer malheridos por tantas situaciones de injusticia.

Para nosotros entrar en la cárcel es pisar un terreno donde Dios habita, donde él mismo se siente preso y esclavizado. Ya la prisión nos sería un desierto poblado de sufrimientos, sino una tierra fértil donde sembrar la esperanza, la fe y la libertad. Es, por lo tanto, lugar "sagrado". Y más que el espacio es quien lo habita. Las personas que encarnan esa realidad dolorosa.

Acercarnos a la persona presa es estar ante alguien sagrado, ante el mismo Jesús que nos dice "ese soy yo". Descalzarnos ante la persona privada de libertad porque nos adentramos ante el misterio de la pasión y de la cruz del mismo Cristo identificado con ella.

La figura del "evangelizador misionero" en la Pastoral Penitenciaria ha de tener el talante de Moisés, que fue un hombre de procesos radicales. Se acobardó y huyó; quiso encontrar la paz y no la halló fuera de Dios y de su pueblo esclavizado; Dios lo encuentra y lo provoca, lo compromete a la misión liberadora de su pueblo; fue madurando su fe en el Dios Liberador que lo llevó a volver, de nuevo, al lugar sagrado donde el mismo Dios se encuentra esclavizado.

Y para animar la vocación-misión de Moisés el mismo Dios va por delante: "he visto, ... he oído, ... me he fijado, ... en los sufrimientos de mi pueblo, ... voy a bajar a liberarlo. Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo de la esclavitud" (cf Ex 3,7-10)

Por lo tanto, la cárcel, es:

- Lugar de bienaventuranzas, donde el Reino de Dios se hace presente.
- Lugar de encarnación: Cristo personificado.
- Lugar donde se adora a Dios en espíritu y verdad.
- Lugar de redención.
- Lugar de conversión
- Lugar donde es posible la esperanza, la liberación.
- Lugar donde se fragua el perfil del hombre y la mujer nuevos
- Lugar al que nos envía Cristo para liberarle de las ataduras esclavizantes.



3. MARIA EN LA PASION Y LA CRUZ

3,1. LA PASIÓN DE MARÍA JUNTO A SU HIJO

Según el evangelista Lucas la vida de Jesús se va definiendo como una lenta pero decidida "subida a Jerusalén" (Cf Lc 9,13). La misión de María, como Madre, es la de acompañar a su Hijo en todo momento en su Camino hacia Jerusalén, que era el camino de la cruz. Ya las palabras proféticas de Simeón: "una espada atravesará tu alma" (Cf Lc 2,35), que María, sin duda, guardó en su corazón, fueron un preludio de su misión: estar con Jesús hasta el último momento de su vida, estar con Él junto a la cruz.

El Papa San Juan Pablo II aplica a María la palabra de la kénosis (despojo, anonadamiento) que Pablo aplicó a Cristo (Cf Flp 2,6-7): "Mediante la fe, María está perfectamente unida a Cristo en su despojamiento. Es ésta tal vez la más profunda kénosis de la fe en la historia de la Humanidad" (RM 18). Esta kénosis se consumó junto a la cruz, pero comenzó mucho antes, en Nazaret y a lo largo de toda la vida pública de Jesús, en esa peregrinación "subiendo a Jerusalén".

La Madre acompaña a su Hijo en todo momento. Situémonos mentalmente realizando con ella el recorrido de los "Pasos" que su Hijo Jesús inició en el Huerto de los Olivos. La presencia de María, acompañada por Juan y las otras mujeres, se hace latente en cada momento del proceso criminal maquinado contra Jesús por las autoridades religiosas de Jerusalén.

María, en perfecta simbiosis con su Hijo, vive la más estremecedora experiencia del dolor humano injustamente maltratado. María de la soledad, del silencio, del dolor cruel e inhumano. María de la cruz que la carga con su hijo, que le sirve de "cirineo". Ella, en camino hacia el calvario, se encuentra con su hijo. Es el encuentro de dos vidas cargadas bajo el peso de la misma cruz. Ambos se miran a los ojos. Los de María llenos de lágrimas, los de Jesús manchados por la sangre. Desgarradora escena del encuentro de María con su hijo caído bajo el peso de la cruz (Cf Película La Pasión de Mel Gibson).



Jesús, a punto de expirar, nos deja uno de los mejores regalos de su acción salvífica, darnos a María como Madre nuestra. *"Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, las hermanas de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Al ver a su madre y a su lado al discípulo preferido, dijo Jesús: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Desde entonces el discípulo la acogió en su casa"* (Cf Jn 19, 25-27).

María crucificada con Jesús. Es el parto más doloroso que el primero en Belén. Bajo los pies de su hijo en la cruz parece derrumbarse su maternidad. Pero Jesús rescata también la maternidad de su Madre entregándola a toda la humanidad por medio del discípulo amado. El Padre le sigue pidiendo todo, hasta la intimidad sagrada de su Madre. Y Jesús la entrega. Ve a su madre humillada y condenada, pues sufre su dolor y el del hijo. Las lágrimas de la Madre contemplando así al hijo de sus entrañas se convierten en lágrimas corredoras que expían, salvan y liberan. Y en ese momento de la entrega María asume la gestación de un mundo nuevo, con nuevos hijos desde la nueva Maternidad redentora que abarca a toda la humanidad. María contribuye así a abrazarnos a todos en su ternura maternal para alcanzar la verdadera libertad que su Hijo estaba conquistando definitivamente con su muerte en la cruz.





3.2. MARIA EN LA PASION DE SUS HIJOS ENCARCELADOS

Desde el mismo momento en que María acepta su maternidad compartida universal, está asumiendo, de manera especial, la protección y el cuidado de todos sus hijos que encarnan en sus vidas la pasión, el sufrimiento y la injusticia por la que pasó su Hijo de alma.

Las siete espadas clavadas en su corazón se convierten en millones de pequeños puñales que reproducen en su alma y en su cuerpo la Pasión de Jesús.

Con cada persona privada de libertad María se siente más profundamente Madre. Vive en el alma la pasión y el dolor de cada hijo o hija encarcelados. Siente la "compasión" que vivió con su Hijo, pues encarnó en su corazón la pasión, el dolor y sufrimiento más cruel por el que tuvo que pasar Jesús. No dice el Concilio Vaticano II: "sufrir cruelmente con su hijo único, y se unió a su sacrificio con corazón de Madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima" (Cf LG, 58).

La "vía dolorosa" que recorrió María con su Hijo desde el huerto de los olivos hasta la muerte en la cruz, la recorre del mismo modo María con cada persona encarcelada. Le acompaña en todo momento desde la detención hasta el último día de su estancia en prisión.

Ese es el sentir y sufrir de la "Virgen Mártir" que comparte con sus hijos encarcelados el martirio de una vida que se va agotando lentamente por el sufrimiento y la pérdida de la libertad. María se convierte así en "otro Cristo" que sufre la Pasión dentro de la cárcel. Se convierte en "corredentora" junto a su Hijo de cada ser humano que ha perdido la dignidad y la libertad y se convierte en un ser cautivo y esclavizado.

María nunca fue más Madre que al pie de la cruz. Su alma quedó traspasada por esa espada símbolo de la crueldad humana perpetrada con su Hijo Jesús. Y, desde esa Cruz redentora, María se convierte en la Madre por excelencia de cada hijo suyo que reproduce la pasión de su hijo en la cárcel.

Es una maternidad liberadora, corredentora y misericordiosa. Vive la pasión de sus hijos esclavos y oprimidos, de quienes la injusticia se ceba con los más débiles e inocentes. Por eso también María asume las palabras del apóstol Pablo: "me alegro de sufrir por vosotros, así completo en mi carne los dolores de Cristo..." (Col 1,24). María suplente los dolores de su Hijo en la pasión de sus hijos encarcelados. Se convierte, por lo tanto, en la Madre de todos los "cristos encarcelados".

3.3. LAS SIETE ESPADAS DE MARÍA

1ª La detención

Querido Hijo, el primer puñal que sentí clavarse en lo profundo de mi corazón fue cuando te apresaron en el huerto. Aquella turba ilegal mandada por los sumos sacerdotes y el sanedrín, con garrotes y palos te llevaron maniatado como a un criminal. Era noche oscura. Era el momento del poder de las tinieblas, del triunfo aparente de la injusticia y la maldad sobre la inocencia y la bondad. Al parecer así suelen funcionar las fuerzas de la maldad y la crueldad humanas contra quienes considera inferiores, débiles y sometidos. En aquella noche, a distancia, contemplaba aquella escena tan violenta y sorprendente. Se me encogió el corazón como si de una punzada se tratara, me faltaba el aliento, la respiración entrecortada, no podía hablar, ni llorar; quería gritar y no podía. Fue espantoso contemplar cómo a empujones de llevaban. Incertidumbre y miedo profundo. ¿A dónde se llevan a mi Hijo?



Me imagino, querido hijo encarcelado, que el momento de tu detención fue una experiencia inolvidable. Tu alma llena de miedos y angustia. Quizá sufriste violencia física o psicológica en ese momento. Sentirías que tu mundo se te venía abajo, se derrumbaba. Tus sentimientos y pensamientos iban y venían teniendo presentes a tu familia, tus padres, tu esposo o esposa, tus hijos, el trabajo, los compañeros y amigos, la reputación y prestigio, el qué dirán.

También tu detención y sus circunstancias me llegan al corazón. Me siento herida por tu sufrimiento. Comparto contigo ese dolor y deseo estar a tu lado. Quiero consolarte con mi maternal cuidado, acompañarte en todo momento y que sientas mi presencia reconfortante.

2ª Interrogatorio con latigazos de muerte

Mi corazón se partía en pedazos al contemplar la dureza del corazón inmisericorde de los sumos sacerdotes, escribas y fariseos. No cedían ni un ápice ante la propuesta aparente de buena voluntad de Pilato de ponerte en libertad. Era un momento tenso y profundamente angustioso al contemplar tu absoluta inocencia y escuchar la pertinaz tozudez de los dirigentes religiosos para condenarte a muerte sin causa ni justificación, sin pruebas veraces. Consiguieron convencer al pueblo que el bien fuera considerado un mal detestable, y que la maldad y la crueldad se convirtieran en un bien para el pueblo; que la verdad se ocultara y ocupara su lugar la mentira y la falsedad.

En el patio, frente al Pretorio, con todo el pueblo, estábamos juntas y abrazadas, con el corazón en un puño, María Magdalena, María la mujer de Cleofás y Juan. Nuestro dolor era infinito. Rabia contenida al escuchar tantas mentiras vertidas contra tu inocencia.

Y el puñal más profundo lo sentí cuando te sacaron al Pretorio hecho un guiñapo de persona. Te habían sometido a los cuarenta latigazos mortales; un suplicio que pocos reos aguantan. Tu cuerpo era como una llaga inmensa, tu carne rasgada y ensangrentada. Se me partió el alma, hijo mío. Llorábamos de rabia e impotencia, de dolor incontenible.

Así me siento contigo, querido hijo apresado, interrogado y de mil formas, más sofisticadas, torturado, presionado, amenazado. Sigo sufriendo contigo, sobre todo, si no tuviste un juicio justo; si las acusaciones del fiscal eran más contundentes que la debilidad de tu propia defensa; si tu abogado era de oficio y no tuviste ocasión de preparar la defensa; si veías que las pruebas eran superficiales y poco convincentes; si encontraste demasiada dureza y poca humanización en el juez o tribunal que no atendían a razones humanitarias y fueron demasiado severos al dictar la sentencia. Sobre todo, querido hijo, si fuiste condenado injusta o severamente o si tuviste que sufrir cualquier tipo de tortura física o psicológica que agravara tu sufrimiento y tormento. Siente mi abrazo misericordioso y maternal que te acompaña en todo momento.

3ª Condenado a morir

No hay dolor más grande que escuchar tu sentencia a muerte de cruz. Amado Jesús, mi corazón quedó eternamente roto. Mi mente fría y sin capacidad de reacción. No daba crédito cuando escuché a Pilato decir: "ahí lo tenéis, haced según vuestra voluntad". Los dirigentes religiosos del templo habían doblegado a la verdad y a la justicia. Triunfó el odio y la venganza. Las razones no importan. Te condenaron a muerte por ser y decir que eres el Hijo de Dios. Consiguieron condenar a muerte a Dios y salvar la vida de un criminal convicto y confeso. Aún resuenan en mis oídos y en mi corazón aquellos gritos insultantes: "suelta a Barrabás". Y aún más sangrante y descorazonador escuchar a voz en grito a toda la multitud diciendo "crucifícale, crucifícale". Era a ti, amado hijo, a quien condenaban a muerte. Aún siguen sonando machaconamente aquellos gritos condenatorios. Mi espíritu se derrumbó. Mi corazón quedó atravesado por miles de puñales, tantos como personas pidieron tu muerte.

Y tú, hijo mío encarcelado, te siento y te acompaño en la soledad de tu celda en la cárcel, cuando cada instante resuenan en tu interior en esas largas noches de insomnio, aquellas palabras condenatorias del juez o el tribunal, cuando lees, ves o escuchas esos gritos silenciosos de una sociedad ávida de venganza que, a través de las redes sociales, te siguen gritando: "eres reo de condena, eres merecedor de una sentencia más rigurosa, crucifícale, mándale a prisión permanente revisable". Mi corazón de Madre dolorida por tu situación comparte tu angustia por esa sentencia que consideras injusta, desproporcionada, inhumana y nada misericordiosa. Te doy la fortaleza de la fe que yo tuve en esos momentos en los que mi Hijo Jesús fue condenado injustamente por blasfemo, por decir la verdad, por ser bueno.

4ª Cargando con la cruz

Hijo mío, contigo fui recorriendo las calles de Jerusalén camino del Gólgota. Tú llevabas sobre tus hombros la cruz pesada de la injusticia que te cargaron las autoridades religiosas y políticas. Me sentía impotente y desarmada ante tanta brutalidad empleada contra ti que apenas podías con la carga pesada



de la cruz. Se me rompía el alma cada vez que caías al suelo de bruces por el peso inmenso de la cruz; cada caída era una puñalada, cada latigazo para que te levantasas, era otro puñal que se hundía en mi corazón. Me sobrevino un resuello aliviado cuando vi al Cirineo meterse debajo de tu cruz y compartir contigo la pesada carga. Di gracias a Dios por esa ayuda que recibiste.

Mi amado Jesús, tú cargaste en esa cruz la pesada crueldad de toda una humanidad que hiere con maldad y que violenta la dignidad de los más débiles, de los vejados y oprimidos, de los descartados y despreciados convirtiéndolos en escoria, en sujetos sufrientes de destrucción y muerte.

Y tú, querido hijo mío encarcelado, también te acompañó en ese recorrido penoso y sombrío de tu paso por la prisión soportando la dureza de una o varias cruces que tienes que ir soportando a lo largo de tu condena. En tu alma sientes las cruces que te marcan y se tatúan como figuras grabadas a fuego en carne viva. Y sientes las punzadas hirientes de la soledad, el abandono, la angustia vital, el desamparo. Sientes profundamente el dolor intenso que te produce cada caída, cada retroceso en tu camino hacia la libertad. Te sientes aplastado por tanta incompreensión y desprecio.

Pero, también, hijo mío, sientes un profundo alivio cuando en tu caminar por el calvario de la prisión, se te acercan maravillosos Cirineos que arriman el hombro para acompañarte y aligerar el peso de tus cruces. Cirineos con rostro de familia, o de amigo, o de un compañero de patio, o de la Pastoral Penitenciaria u otra buena persona que se acerca ti para llenarte de entusiasmo y fuerza en la lucha. Yo quiero ser tu Madre Cirineo, y te ofrezco mis manos y mi corazón maternal para que te sientas reconfortado en la fe y en la esperanza, para que sigas confiando en Dios y te cobijes en la fe en mi Hijo Jesús, verás cómo te vas a sentir mejor y caminarás gozoso hacia una feliz liberación.

5ª Despojado de la dignidad

Al llegar al Gólgota, lugar tenebroso e infernal, cometieron contigo otra de las atrocidades que se infringen contra el ser humano: despojarte de tu dignidad, de tu intimidad, física y espiritual. Jesús, hijo mío, rasgaron tus vestiduras dejando tu sagrado cuerpo desnudo de ropas, desnudo de dignidad. Así actúan siempre los criminales de la historia que arrancan violentamente a los pobres robándoles sus derechos más inalienables, de su conciencia y su dignidad como personas o como pueblo. Sentí, querido Hijo, otra punzada más en mi destrozado corazón de Madre, al verte indefenso e impotente ante tanto atropello a la dignidad humana. Y sentí tristemente, llena de rabia y dolor, cómo la gente se reía y seguía burlándose de ti al verte así desnudo ante toda la multitud. Y sentía con amargura cómo esa misma acción inhumana se sigue reproduciendo en cada rincón de la tierra, cada vez que a un ser humano se le humilla, desprecia, denigra y avergüenza.

Y tú, mi querido hijo e hija que estás en prisión. Tú que también has pasado por situaciones de humillación y vergüenza, tú que tantas veces, te has visto despojado de tu dignidad y, también, de algún que otro derecho, debes saber que yo estoy contigo. Como me pasó con mi hijo Jesús en el Gólgota lo siento así contigo. Quiero consolarte y llenarte de valor; que entiendas que a veces las estructuras sociales y políticas se deshumanizan y generan muchas situaciones donde no se tienen en cuenta la dignidad de las personas, ni su intimidad, ni su conciencia. Ignoran el sufrimiento inmenso que causan con esas actuaciones y disposiciones crueles e injustas. No permitas que nunca te roben tu intimidad ni tu dignidad, es lo más sagrado para Dios y para ti. Tu conciencia te pertenece y no se la cedas ni se la vendas a nadie. Sé fuerte y valiente. Estoy contigo y rezo a mi Hijo y a nuestro Padre por ti.

6ª Crucificado sin piedad

Tras despojarte de lo más sagrado del ser humano, amado Hijo, te tumbaron sobre cruz. Los soldados, con fiereza y fuerza brutal, clavaron tus manos y tus pies al madero de la cruz. Cómo resuenan en mi interior el ruido de los martillazos sobre tos muñecas y tus pies. Cada golpe era un puñal inmenso, un clavo que penetraba hondamente en mi corazón. Era una escena insoportable. ¡Cómo quisiera, Hijo, sentirme clavada contigo en esa cruz! ¡Cómo deseaba que ese ruido infernal terminara!

Presentía que millones de seres humanos a lo largo de la historia han sido y serán cruelmente crucificados. Visualizaba que millones de clavos irían a parar a millones de manos y pies de personas inocentes. Con tus clavos amarrándote a la cruz sigues redimiendo y liberando a tus hermanos, que son mis hijos, de toda esclavitud y opresión.

Mi corazón de Madre se desangra por cada uno de vosotros hijos míos que sufrís la prisión. Cuántos de vosotros habéis vivido esa experiencia de mi Hijo de sentirse material y espiritualmente clavado a una cruz, que es la condena impuesta, con unos clavos que os inmovilizan e impiden que podáis avanzar hacia un camino de recuperación de vuestra dignidad y vuestra libertad. Al igual que Jesús sentía el dolor infinito en cada golpe de martillo sobre el clavo, así seguro que cada uno de vosotros reproducís interiormente la fiereza de tantos golpes que habéis recibido a lo largo de vuestra vida y que ahora, en prisión, se recrudece más el dolor.



Siento compasión maternal por todos aquellos que son crucificados a penas de prisión siendo inocentes; por aquellos que, por ser pobres, desvalidos, indefensos y vulnerables, tienen que soportar la fiera inhumana de leyes y la impiedad de una sociedad justiciera y vengativa.

Junto a vuestra cruz de cada día yo siempre estaré aliviando vuestro dolor y enjugando vuestras lágrimas.

7ª El abrazo maternal definitivo

Mi amor y mi esperanza, mi hijo del alma ha muerto. Al atardecer, cuando bajaron tu cuerpo de la cruz, quise cogerte en mi regazo maternal, como cuando eras niño. Pero este abrazo era tenerte y sentirte desde el amor más profundo, desde el dolor más trágico, desde la muerte cruel y despiadada. Fue sentir los siete puñales clavados juntos en mi pequeño y débil corazón. Desconsuelo infinito, el alma desgarrada. Mi Hijo en mis brazos todo ensangrentado, ofrecía todo el sufrimiento de la humanidad crucificada en su cuerpo. Lo sentía y percibía con una paz divina, un semblante glorificado, como quien refleja la felicidad de haberse dado por entero, hasta el final, para rescatar de los infiernos de la injusticia y la crueldad humana a todos sus hermanos cautivos y esclavos del mal en el mundo. Me daba la impresión de que sentía su corazón latiendo como si tuviera vida, le miraba fijamente y me daba la impresión que iba a empezar a respirar, como si fuese a resucitar. ¿Era ilusión o un presentimiento? Mi confianza en el Padre Dios me garantizaba que las palabras de mi hijo cuando estaba en vida, se iban a cumplir, cuando decía que "al tercer día resucitaré". Y fue viva mi esperanza, y fue segura mi fe en la palabra de mi Hijo amado.

Siempre os tengo presentes mis hijos encarcelados. Llenáis mi corazón y mi amor maternal porque os quiero como a hijos míos del alma. Como tuve abrazado el cuerpo sin vida de mi Hijo al bajarlo de la cruz, así os tengo a cada uno de vosotros y vosotras abrazados y cobijados en mi regazo maternal. Siento los latidos de vuestro corazón herido y machacado por tantos sufrimientos e injusticias. Pero aún no seáis muertos. Hay mucha vida en vuestro corazón, muchas ansias de libertad, mucho camino por recorrer. Deseo acompañaros en ese proceso hacia vuestra resurrección con mi Hijo Jesús. Él también os acompaña y os fortalece en vuestra debilidad. El camino es duro y tortuoso, pero la meta es firme y segura, vuestra total y definitiva liberación integral. Os quiero amados hijos míos.

La Iglesia reza así en cuaresma a la Madre de la Pasión:

*Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas;
clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí, en mi torpe mejilla,
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.*

*¿Dónde está ya el mediodía luminoso
en que Gabriel, desde el marco del dintel,
te saludó "Ave María"?
Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza afí.
Déjame hacer junto a ti
ese augusto itinerario.
Para ir al monte Calvario
Citame en Getsemaní.
A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en el que el alma reposa,
a ti, ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta Vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María.*





Ángel protector



Ser Cristo en su pasión encarcelada

ORACIONES DESDE LA CRUZ



MARIA A LOS PIES DE LA CRUZ

*Ya antes de nacer mi Hijo y días después de su nacimiento,
conocí la noche de la duda, de la fe,
pero nunca creí que la noche fuera tan profunda.
Ahora es terrible; parece como si no viese ninguna ventana con luz.
Solo puedo cerrar los ojos, entrar en la cuesta arriba.
¿Qué queda de todo aquello? ¿Eso es ser una madre?
¿Perderlo todo?
¿Por qué se ha de salvar siempre con sangre?
¿Por qué los inocentes deben pagar por los culpables?
¿Por qué le ha tocado a mi hijo sufrir y morir?
Ayer en el Calvario estaba más en mi seno que en Jerusalén,
clavaban dentro de mí, martilleaban dentro.
Era mi segundo parto, más doloroso que el primero.
Después de muerto volvió a pertenecerme.
Quitando espinas, sangre, barro, fui reconquistando su Cuerpo;
y, si cerraba los ojos, le hallaba como entre sueños.*

*Cuando la losa fue rodada y cubrió el sepulcro no hubo,
-como en Belén- ni ángeles, ni cantos, ni pastores,
no se oyó la voz del Padre.
En mis oídos solamente resonaban los latigazos,
los martillazos, las carcajadas...*

*Ahora ha vuelto la calma, ya veo brillar la luz
de la esperanza en medio de esta noche tan profunda.
No me queda nada más que esperar.*

*Pienso en mis hijos que están en la duda, en la noche de la fe.
Quisiera decirles que creyeran a pesar de todo,
que esperasen a pesar de todo.*

*Él vendrá porque lo dijo, y estará con todos nosotros para siempre.
Ánimo hijos. A la sombra del dolor sigue siempre la luz de la esperanza.*

Oración

*Madre, María. Gracias porque sabes sufrir.
Gracias porque sabes afrontar la noche de la duda.
Gracias porque sabes esperar.
Tú serás la luz en nuestras dudas,
en medio de las vacilaciones de nuestra fe, en nuestra noche.
Los ánimos que tú nos das no los olvidaremos
cuando nos llegue la hora.
Recordaremos en todo momento que a la sombra del dolor
sigue siempre la luz de la esperanza.*

ORACION ANTE LA CRUZ DE UN ENCARCELADO

La cruz de un hombre encarcelado

Un hombre encarcelado en la prisión con la mirada puesta en el crucificado reflexiona y hace vida desde su celda la segunda estación del vía crucis, Jesús carga con la cruz. Nos comenta que le ha llevado varios días componer esta reflexión. Con sus parcas palabra llenas de sentimientos, comienza la reflexión con una oración:



Ser Cristo en su pasión encarcelada

Jesús, veo tu cruz en la soledad de mi chabolo.

"Te veo Jesús cómo te cargan con la cruz. Tu cruz. No, Tú no tuviste falta, no podías tener cruz, pero la llevas. En la soledad de mi chabolo he pensado y he visto que no es tu cruz la que llevas, sino todas las nuestras".

Nuestro amigo baja su mirada y en silencio ahora se pregunta:

¿Cuántas cruces he fabricado o he dejado de fabricar?

Y el mismo se responde:

La primera es mi cruz personal. Esa que, por mi falta de hombría, la que por no saber decir que no a tiempo, me hizo caer en el terrible mundillo de la droga que cambió mi vida por completo.

La cruz de la droga me apartó de mi familia.

Desde la estrechez del chabolo pensando en su familia sigue escribiendo:

La droga fue la que me apartó de mi familia, de mi mujer, de mis buenas amistades y de mi trabajo. Me quitó de ser honesto conmigo mismo, de ser leal, cariñoso, honrado....y me lanzó al mundo de la miseria, de la soledad, de la mentira, de la hipocresía, de la corrupción, del pillaje. Me convirtió en su esclavo.

Ahora desde el silencio y contemplando la cruz nuestro amigo dirige su pensamiento a su querida madre:

La cruz que originé a mi familia. Empezando por la persona que más me quiere, mi madre. He tenido que llegar a la cárcel para que desde la soledad de mi chabolo comience a pensar y a ver las realidades de las cosas y de las personas que me quieren. Y ahí veo a mi madre que me quiere y yo la quiero cada día más. Sólo me importaba ella, la droga-

El recuerdo de su madre le lleva a derramar alguna que otra lagrima. Sigue escribiendo su reflexión para el vía crucis del viernes santo en la cárcel.

Quisiera quitarle a mi madre esa cruz por la que la he visto llorar y desesperarse. Mi cruz ha hecho sufrir y le sigue haciendo sufrir mucho a mi querida madre...Yo estaba ciego. No veía y nada me importaba. Solo me importaba ella, la droga.

Ahora nuestro amigo pasea el recuerdo de su cruz por sus hermanos:

La cruz de mis hermanos que no podían soportarme más pese a su cariño que me demostraban y me seguían demostrando.

La mirada en el crucificado le lleva ahora a pensar en las cruces que ha creado en otras personas:

¿Cuántas cruces he levantado a mí alrededor?

También he creado cruces en los que he robado, en los que he pegado, engañado, en los que he introducido en el mundo de la droga, bien suministrándole mercancía o haciendo que empezaran con su primer porro. ¿Cuántas cruces he levantado a mí alrededor?

Y el mismo se responde pasando una mirada por la cruz de su mujer y de la enfermedad que el mismo se buscó:

Veo la cruz de mi mujer a la que he insultado, pegado, maltratado de palabra y obra. Para ella he sido todo, menos un hombre. La consideré todo menos mi compañera....Ahí está también la cruz de la enfermedad que tanto me acongoja y que se apodera de mí. Se me hace tremenda y sin embargo me la busqué yo solito.

Clava ahora su mirada en la corona de espinas y en la imagen de Jesús con la cruz auestas y sigue escribiendo:

Señor, te puse una corona de espinas y maltraté tu cuerpo con los golpes y el azote. Te puse la cruz sobre los hombros y la cargué con mis pecados, con la soberbia y la avaricia, con las penas y aflicciones que nacen de mi propia maldad.

Desde esta página oscura de la cárcel nuestro amigo quiere cambiar y comprometerse a cargar con su cruz. Así sigue escribiendo:

¡Ayúdame Señor a aceptar la cruz de la cárcel!



Ser Cristo en su pasión encarcelada

Enséñame Jesús, a abrazar mi cruz, a quererla, a aceptarla y a seguir caminando junto a ti sin temores. Te confieso Señor, que me pesa abandonar la cruz a cada instante y sentarme a la orilla del camino de la vida y ver cómo ya vas por el sendero del Calvario, solo, cuando yo debería estar allí, para ayudarte en el que está acongojado, abandonado, llagado por el dolor o lacerado por la necesidad.

Y pensando en sus compañeros de prisión finaliza su reflexión para el vía crucis diciendo:

Señor, necesito que me muestres tu rostro querido, para que no flaqueé aquí con esta cruz que me ha tocado, que no la quería porque es muy pesada la cruz de la cárcel. Pero si tú Señor me la has dado es porque sólo así podré acurrucarme un día a tu lado.

Señor, aquí estamos todos en la prisión con la cruz que hemos merecido. No nos dejes solos y ayúdanos a cargar tú y a ser tus discípulos desde la cárcel.

(Testimonio de un hombre encarcelado)

MADRE DE MERCED LLENA

María Madre de la compasión,
de la Merced de Dios Trinidad llena,
a Ti acudimos esperanzados
los que sometidos estamos
a cargar con cruces insoportables
de injusticia y destrucción.

Tu corazón de Madre Dolorosa
se sintió siete veces herido
por puñales de crueldad inmisericorde
que punzaron el cuerpo y el alma
de tu querido Hijo Amado.

Con Él compartiste su Pasión y su Cruz,
con tu hijo cargaste con el peso
de millones de crucificados.
Tu corazón de Madre se agrandó al infinito
hasta abrazar a todos tus hijos
que yacen en la oscuridad y en sombras de muerte
aprisionados por hierros y cadenas,
de pasión y dolor encarcelados.

María, nuestra Merced,
ven en nuestra ayuda con tu ternura maternal,
alivia nuestras cadenas
y el peso insoportable de nuestras cruces.
Eres nuestro dulce cirineo
que enjugas nuestras lágrimas
y nos suavizas el dolor de la desesperanza.
En Ti encontramos la alegría
de un liberador mañana.
Contigo, Madre, caminamos al encuentro
de tu Hijo Jesús seguros de alcanzar la libertad definitiva.





Virgen de La Merced

Redentora de presos y cautivos

*Pedro Fernández Alejo, trinitario
Coordinador Área Religiosa
Departamento Nacional de Pastoral Penitenciaria de la CEE
Málaga, 12 septiembre, Dulce Nombre de María 2022*



Ser Cristo en su pasión encarcelada